

CONDICIONES DE SUSCRICION.—Las suscripciones empiezan en los días 1 y 16 y terminan en los trimestres naturales.—El pago de la suscripción y anuncios es adelantado, y puede hacerse para fuera por medio de ellos de correo ó libranzas á favor del administrador de «El Constitucional» en carta certificada.

Se admiten remitidos y comunicados á precios convencionales.—No se devuelve ningún original.

PRECIOS DE SUSCRICION, DE ANUNCIOS Y COMUNICADOS.—En esta capital un mes, 7 rs.—Trimestre, 20 —Fuera, trimestre, 23.—Teniendo que girar contra los suscritores, 25.—Anuncios, 15 céntos de real línea de tipo 9 á los suscritores y 30 á los que no lo sean. En la sección local y en cartillas, 1 real línea.

La redaccion y administracion de «El Constitucional» se hallan establecidas en la calle Mayor, núm. 3. principal.

Año VIII.—(SEGUNDA ÉPOCA).

DOMINGO 14 DE SETIEMBRE DE 1873.

Número 1637.

#### LA SESION DEL SÁBADO.

(Continuacion).

La política que yo sigo aquí es la que deben seguir los partidos conservadores en las Cámaras progresivas, y yo declaro que esta mayoría merecerá bien de la patria por sus tendencias verdaderamente gubernamentales. ¿Que extraño es que yo haga aquí la política que hacen todos los conservadores en momentos dados? Es mi móvil el deseo de que la situación caiga del lado de los conservadores? ¿Cree S. S. que nuestra actitud puede impedir el curso de las leyes que rigen á toda situación política? ¿No es una ley de toda situación política caer en el extremo contrario?

nunca me fio de amore jóvenes; es menester que estén bien irrigados, es menester que sean viejos, y hace poco tiempo que S. S. era enemigo de las nacionalidades, de las grandes unidades políticas, y pronosticaba que morirían las grandes nacionalidades. Y respecto á España, consideraba la imposibilidad del porvenir de nuestra nación unida á Portugal, y anunciaba que por el contrario se desmembraría España en muchos estados perfectamente independientes. No le envió á S. S. este amor de la unidad ni este patriotismo.

Y por fin, para encarecer S. S. que el movimiento cantonal no era separatista (invoco la atención de los señores diputados, y especialmente de los de la izquierda, por más que esta tarde haya tenido la desgracia de excitar contra mí, no diré su malquerencia, pero sí su pasión; invoco la atención de los señores diputados hacia el argumento empleado por el Sr. Pi, decía que la prueba de que el movimiento cantonal no era separatista, estaba en que en Cartagena se había hecho un ministerio central. Pues eso mismo decía yo antes, y eso mismo prueba la imposibilidad de que el movimiento cantonal produjera un Gobierno federal; porque con el mismo derecho que en Cartagena se erigía un Gobierno nacional, hubiera podido erigirse otro en Granada, y otro en Sevilla, y otro en Santa Fé, y otro en la última aldea; de modo que S. S. ha comprobado lo que á este propósito he dicho yo, y por consiguiente confirma la responsabilidad que la política de S. S., ya en el ministerio presidido por el Sr. Figueras, ya en el posterior, ha tenido en la insurrección cantonal.

Ya veis cómo está España; sin ejército, ni hacienda, ni marina; en Andalucía un grave movimiento insurreccional; no se han recogido las cosechas, no hay propietarios ni colonos, ni trabajadores, porque no hay trabajo. Ya veis cómo está la Hacienda, ya sabéis cómo está la guerra del Norte; D. Carlos próximo á responsabilidad de todo esto? ¿Se la imputaréis á la república? Yo lo rechazo. La responsabilidad es de vuestra política, de vuestra conducta, de vuestra incapacidad en cierto sentido, porque yo no acuso á nadie de mala fé; si quisiera acusar al Sr. Pi de complicidad, le hubiera acusado presentando aquí su acusación.

Pero á imputaciones como las que se han hecho á S. S. en el momento en que salía del ministerio, no se contesta con un discurso pronunciado cuarenta ó cincuenta días después de haberse levantado esas imputaciones; se responde con una proposición que se discute ampliamente, en la que se pide una información parlamentaria sobre la conducta de aquel ministro y de aquel Gobierno así censurados, así acusados. Es: es la manera, y no otra, y sólo así se defiende un ministerio de las imputaciones, no de las que yo he hecho, sino de las que han salido de esos bancos; fundadas en hechos

concretos, incontestables é incontestados.

Yo he tenido la honra de ser objeto de imputaciones mucho menos graves cuando formaba parte de un Congreso cuya inmensa mayoría era de mis adversarios y he depositado sobre la mesa una proposición pidiendo una información parlamentaria; y hasta que aquella mayoría no votó en contra de esa proposición no he creído á cubierto mi responsabilidad moral ni legal, ni política.

No tengo derecho para dar consejos á nadie, no aconsejo al Sr. Pi; pero yo en su caso hubiera hecho esto desde el primer día.

El Sr. Garcia Marques habló para alusiones.

Se suspendió á las nueve la sesión para continuarla á las diez.

Continuando la sesión á las once menos cuarto, bajo la presidencia del señor vicepresidente Gil Berges, habló el señor Prefumo para alusiones, y dijo que no acusó á Pi y Margall de desleal, pero sí de falta de acción.

Se ocupó de los sucesos de Cartagena; acusando al Sr. Pi de que sabiendo lo que allí ocurría nada hizo para evitarlo, y como no combatía el presidente del Poder Ejecutivo á los cantonales, ya sabían estos el procedimiento para establecer con independencia y en oposición de la Asamblea y del Gobierno los cantonales.

El Sr. Ocon usó de la palabra para alusiones, extrañando que no hayan salido á la defensa del Sr. Figueras algunos ministros que fueron compañeros suyos.

Dijo que el Sr. Figueras tenía un alma elevada, y que no ha cometido ninguna falta, pues que antes de marcharse le entregó una comunicación para la Cámara, que no entregó, y de la cual se acusaba.

Manifestó que no tenía derecho el señor Rios Rosas á hablar mal del Sr. Figueras, pues que de un hermano no se puede hablar mal.

Censuró á los republicanos porque no fueron revolucionarios, que esta dijo ser su única falta.

El Sr. Pedregal se justificó de los cargos que le dirigió el Sr. Rios Rosas como gobernador de la Coruña en sus actos en las elecciones.

El Sr. Rios Rosas rectificó insistiendo en lo acaecido en las elecciones de Noya, que no impidió el gobernador de la provincia, y contestó también al Sr. Ocon rectificando después los Sres. Pedregal y Ocon.

El Sr. Correa habló para alusiones, diciendo que, si bien interrumpió al señor Rios Rosas, no acepta la reconvencción que este le dirigió.

El Sr. Rios Rosas manifestó que consideraba inconveniente la frase con que se le interrumpió.

El Sr. Suñer se defendió de los cargos que dirigió el Sr. Prefumo al ministerio de que formó parte, y se dolió de que

no llegase á tiempo un telegrama para detener en Albacete al Sr. Contreras.

El ministro de la Gobernación usó de la palabra para decir que el estado del país era muy grave, y que se hacía necesario un esfuerzo de todos para salvarle.

Dijo que el telegrama que recibió el gobernador de Albacete para detener al general Contreras no fué obedecido.

El Sr. Prefumo rectificó.

El Sr. presidente del PODER EJECUTIVO: Señores diputados. El cansancio de la Cámara y la situación de un Gobierno dimisionario me obligan á procurar ser breve; pero dentro de esta brevedad he de hacerme cargo de la polémica que por tanto tiempo ha ocupado la atención de los señores diputados, para contestar más que á las palabras, al sentido del discurso del Sr. Rios Rosas y á algunas de las afirmaciones hechas por el Sr. Pi y Margall.

Por último, he de decir algo también de lo que parece debería haber sido asunto de la discusión de esta noche, cuando se trata de elegir un presidente del Poder Ejecutivo que venga á ocupar este puesto; y he de indicar si es conveniente que el Poder Ejecutivo responda al silencio iniciado por este Gobierno, ó vuelva atrás; que el volver atrás es recoger la tradición del Gobierno depositada antes por esta Cámara en manos del Sr. Pi y Margall, y que, en mi opinión, compromete grandemente, no ya la suerte de las instituciones liberales, sino la suerte del porvenir, y quizá la honra y la dignidad de la república y de los republicanos.

Dispénsese el Sr. Rios Rosas que un mozo, y mozo inexperto, diga á la respetabilidad de su señoría y á su práctica de las cosas, de los accidentes y aun de los achaques del parlamentarismo, que no era esta ciertamente la ocasión de venir á combatir una política determinada dentro del partido republicano, ni á hacer como la defensa y la apología de la política que en toda fracción del partido republicano tiene su representación genuina.

Por valiosa que sea la defensa de S. S. que siempre lo es y mucho, no há menester la derecha de esta Cámara la defensa de la clase y de los intereses conservadores.

Y al desembarazarme de este accidente de la discusión que con profundo dolor he presenciado, séame lícito decir, que si algunas veces ha habido en Cortes españolas una mayoría que se haya levantado mas á la altura de su misión, que mejor haya conocido, no ya la representación peculiar de su partido, sino también la del país entero, ha sido esta mayoría y en esta ocasión; y he aquí por qué digo yo que no era este el momento oportuno de que el Sr. Rios Rosas viniera á partir sobre este lema con el Sr. Pi y Margall; porque esto, en vez de dar, tiende á quitar á la mayoría la legítima representación que tiene y que puede ostentar orgullosa.

Y todavía sobre este accidente entien-

do yo que cuando se trataba de defender una política determinada, de justificar actos de tanta trascendencia como los ejecutados bajo la presidencia del Poder Ejecutivo del Sr. Pi y Margall, no era la ocasión de venir á apartar á esta mayoría de la digna, de la noble representación á que antes me he referido; de impedir que fijara su pensamiento más allá de ciertos intereses egoístas, anunciándole el peligro de ir por la pendiente de los partidos conservadores, como si pudiéramos temer que la serpiente nos enroscara en el cuello y nos ahogara. No son muy á propósito los momentos actuales para abrir esta profunda excisión entre unos y otros elementos de la política española, entre unos y otros españoles que estiman la honra y la grandeza de la patria. (Aplausos.)

Habría podido el Sr. Pi y Margall satisfacer su conciencia: no se lo niego yo que se cuán noble y cuán honrado es: habría podido halagar los oídos de aquellos republicanos que no prestan atención sino á sus intereses particulares, que no piden consejo más que á sus miras de partido, que no se inspiran en los grandes intereses del país, que no oyen la voz de la opinión que resuena dentro de la patria, que se extiende por la Europa y que nos llama á combatir la reacción y la teocracia que amenazan invadirtodo el continente europeo y á salvar la república la libertad y la civilización de la raza latina. (Aplausos.)

Permitanse estas dos eminencias del Parlamento en España que un mozo inexperto les haya dado este consejo. ¡Qué triste espectáculo habeis uno y otro ofrecido! ¡Qué escaso servicio habeis prestado con vuestra gran elocuencia, el uno al espíritu conservador que es necesario que penetre en nuestras instituciones, y el otro al espíritu progresivo, á los intereses de las clases desheredadas, al porvenir de la república federal, abriendo este abismo entre dos elementos que si no van juntos hacen que toda situación cojee y caiga en el descrédito!

No he de decir mas sobre este accidente, á reserva de exponeros despues cuál es mi opinión, que podeis tener por deseada, porque yo no solo soy un sol, como decía el Sr. Ocon, que se pone, sino un sol que pasa del ocaso. Yo me declaro muerto definitivamente para la política contemporánea. (No, no.) Si, señores; muerto, mientras no se inspire en otros principios, mientras no tenga otro sentido, mientras estos estrechos moldes de los partidos políticos no se abran y deje de haber ese egoísmo, esa pasión mezquina y satánica que enorgullece al Sr. Pi por ser objeto de ella de parte de los conservadores, y que á mi me contrasta porque creo que, por este camino ni el derecho, ni la justicia, ni la civilización se afirmarán jamás en los pueblos modernos.

(Continuad.)

#### DOS ENBAJADORES FRANCESES EN ROMA.

pero no bien acababa de obtener una reparación completa, cuando ya tuvo necesidad de devorar otro ultraje mayor, si cabe que el anterior. Era representante de Francia cerca de la Santa Sede, José Bonaparte, cuando el 27 de diciembre de 1797, con motivo de haberse refugiado en el palacio Corsini, que aquel habitaba, unos republicanos de Roma, un piquete de dragones del papa, con desprecio del privilegio que hacia inviolable la jurisdicción de Francia, penetró en ella al galope é hizo fuego en los tres pórticos del palacio. Siguió una compañía de fusileros que también disparó sus armas, y se disponia á continuar el fuego apesar de las exhortaciones del embajador que se presento vestido de uniforme á protestar contra semejante atentado, cuando indignado el general Dupont, que con Sherlock acompañaba á Bonaparte, le arrojó en medio de las bayonetas para impedir el estrago, pero fué arrastrado por los soldados del papa hasta la puerta Septimiana en donde cayó herido de un tiro que le disparó el cabo Merinelli: todavía intentó levantarse pero le acabó un segundo tiro con otros muchos que recibió luego su cadáver.

#### FOLLETON DE «EL CONSTITUCIONAL».

de San Pedro Pio VI, el día 10 de enero de 1793, el encargado de la República francesa en Nápoles envió su secretario Basseville y el mayor Deflotte al cónsul de Francia en Roma para darle orden de amabolar los colores nacionales. Tres días despues de su llegada, habiendo ido Basseville á dar un paseo en coche por el Corso acompañado de su esposa, su hija y el mayor Deflotte, vióse acometido á pedradas cerca de la plaza de Colonna, y se refugió con su esposa detrás del palacio de Chigi en la casa del banquero Multo; pero el pueblo penetró á la fuerza en su asilo, y asesinó á Basseville hirándole con una navaja en el bajo vientre. El mayor Deflotte se salvó por una ventana y la casa del banquero fué entregada al pillaje y luego á las llamas al grito de: *Viva el Papa, viva la religión!*

Aunque el gobierno hizo adelantar tropas, no por esto dejó de haber mandado ó á lo menos de haber consentido aquel escandaloso atropello, puesto que Beltrani y Pulsini el uno abate y el otro cabo, que fueron los que acaudillaban á los asesinos, nunca fueron inquietados. Muerto Basseville, los prelados jóvenes de Roma creyeron haber obtenido un gran triunfo sobre la libertad [y envanecidos con este doble asesinato decían con la frente erguida que «el Leon de Judá no se había entorpecido con la vejez, que aun sabia rugir, erizar la melena y helar de espanto á los Faraones.»]

La Francia republicana, á pesar de la indignación con que miró tan sangriento insulto, tardó todavía tres años en tomar de él justa venganza;

#### DOS ENBAJADORES FRANCESES EN ROMA.

Francia, á pesar de haber sido la hija predilecta de la Iglesia, no siempre ha sido tratada como tal por Roma, pues en mas de una ocasión la ciudad eterna ha visto correr la sangre de los franceses, sin que el gobierno pontificio haya hecho grandes esfuerzos para evitarlo.

Abamos sino los sangrientos fastos de la ciudad eterna y veremos que el 20 de agosto de 1662, siendo pontífice Alejandro VII y prefecto de Roma su hermano mayor Mario Chigi, se encontraron en el puente Sixto tres soldados de la guardia pontificia y tres franceses de la escolta del duque de Crequi, embajador de Luis XIV, habiéndose trabado entre ellos una acalorada contienda, echaron

SE PIERDE EL TIEMPO.

Aguardemos un dia mas; dijimos al oír el discurso-programa del Sr. Castelar, cuyo discurso-programa nos parecia aceptable, si el que lo pronunciaba venia resuelto á convertirle en hechos instantaneamente, y si tenia el prestigio suficiente y la suficiente energia para conseguir que esos hechos se respetasen.

Entre tanto el tiempo vuela, y han trascurrido un dia, y dos y tres y cuatro y cinco, sin que el médico recate el remedio heroico de que hemos hablado al principiar estos renglones; esto es sin que el gobierno adopte resoluciones prontas y decisivas; y entretanto la agonía de España se gradua de una manera alarmante; en Andalucía vuelve á levantar la cabeza la demagogia no aniquilada todavía; D. Carlos avanza hácia Bilbao; sus huestes, ya formidables, imperan en Cataluña, se aumentan en todos los ángulos de la península y se apereiben á abrirlas puertas de Madrid; Cartagena sigue tremolando el pendon separatista, y Galvez emprende nuevas expediciones marítimas y desembarca en Torreveja, y tala los campos y los caseríos cercanos á la costa, como lo hacia cuando la insurrección federal estaba en su apogeo.

gobierno, le oponen dificultades á cada paso, lo cual hace que el tiempo trascurra, y el peligro crezca y que el remedio heroico no se aplique al enfermo, que se muere irremisiblemente, si pasan cinco dias mas y el nuevo gabinete sigue perdiendo el tiempo como en los cinco primeros dias de su existencia, en que sus amigos han sido los únicos que se han presentado como funesta rémora á sus buenos deseos.

Aunque poca, tenemos entendido que hay fuerzas suficientes en la provincia para tener en respeto á los carlistas. Un diario anuncia la probabilidad de que se intene alguna negociacion con las salinas de Torreveja, dice La Iberia. Ignoramos la negociacion á que se refiere el colega; pero como el asunto es de suma gravedad, nos hemos permitido algunas observaciones.

Recordamos con este motivo las dignas palabras del Sr. Salmeron cuando afirmaba que jamás transigiera con la izquierda y con los cantonalistas hasta asegurar á estos la impunidad por sus inalicificables delitos.

mano á las espadas: á los gritos de los primeros acudieron de los cuarteles inmediatos sus compañeros y fueron persiguiendo á los franceses hasta las caballerizas del palacio Farnesio, que era la residencia del embajador. Cuantos hombres habia allí salieron con armas y palos logrando rechazar á los agresores, quienes volvieron luego con fuerzas superiores é hicieron retroceder á los de la servidumbre del duque de Crequi. Este, lo mismo que su esposa, se hallaba ausente, y dió la casualidad que volvía á su casa mientras tenia lugar la refriega: envió dos caballeros para que hiciesen retirar á los corsos del Papa; pero estos los recibieron á tiros, fieles á la consigna que habian recibido del prefecto Mario, el cual les habia dicho: «Acaso no sabeis hacer uso de vuestras armas? En adelante ó matad ó os envío á galeras.»

San Carlos de los Catinari, vió que detenian su coche. El coche trató de seguir; pero los corsos furiosos, á los primeros pasos que dieron los caballos acribillarón el coche á balazos y derribaron muerto á un paje de la embajadora, la cual asustada retrocedió y fué á refugiarse en casa del cardenal de Este. Los embajadores de varias potencias, trataron al dia siguiente de evitar las consecuencias de aquella bárbara agresion, asegurando al representante de Francia que aquel insulto no habia sido premeditado, y que se le darian cuantas satisfacciones desease, pero Mario, hermano del Papa y gobernador de Roma, era de distinta opinion, y mientras el pontifice y el cardenal patrono proponian irrisorias reparaciones, bloqueaba con sus corsos la plaza Farnesio y prohibia á los mercaderes que vendiesen cosa alguna á los franceses reduciendo á un determinado número de raciones de pan y de carne para el consumo de la casa del embajador, el cual, á pesar de su altivez, tuvo la paciencia de estar recibiendo tales ultrajes por espacio de nueve dias, hasta que por último, el 1.º de setiembre tomó la determinacion de salir de la ciudad y se retiró á Toscana. Esto no obstante, los ministros de Luis XIV obraron con una moderacion algo estremada y aun fueron necesarios dos años de negociaciones para la reparacion de un insulto en que los Chigi solo emplearon dos dias de premeditacion. Ciento treinta años despues, ocupando la silla

peracion: veinte cadáveres yacian en el patio doble escalera estaba teñida de sangre; á los lados y áyes de los que morian añadianse los gemitos de los heridos y el llanto y gemidos de las mujeres particularmente el desesperado alarido de la hermana de José Bonaparte, que al dia siguiente habia llevar el nombre del infortunado Dupont. Entre tanto á pesar del tiroteo que aun duraba y el corto número de los oficiales, estos no querian abandonar el cuerpo de su general á los asesinos y fueron á buscarle en medio de las balas, las que le encontraron desnudo, cubierto de heridas de sangre y medio enterrado bajo un montón de piedras. Los asesinos como verdaderos bandoleros romanos, se repartieron allí mismo los despojos del desdichado: el capitán Amadei, se apoderó de su sable y del cinturón; el cura de Santa Maria la Scala tomó su reloj y el cabo Merinelli, que fué el primero que le hirió le despojó del uniforme y del dinero. A la vista del cadáver del general acribillado á balazos y bayonetazos, José Bonaparte abandonó inmediatamente á Roma y se retiró á Toscana dejando á los franceses bajo la protección del ministro del gran duque, y el embajador de España cuyo comportamiento en aquellas circunstancias fué muy noble.



